

Una breve reflexión sobre el libro *Jesús de Nazaret* de Joseph Ratzinger - Benedicto XVI

Gabriela Aybar Perlender
Pontificia Universidad de la Santa Cruz

En medio de la crisis que afecta al cristianismo, la figura de Jesús de Nazaret permanece asombrosamente actual. Buena muestra de que el tema atrae a todo tipo de gente es la abundancia de libros, artículos de revistas de divulgación y suplementos de periódicos, y sobre todo, el gran interés, a nivel internacional, que ha suscitado la publicación de los dos volúmenes del libro *Jesús de Nazaret* del Papa Benedicto XVI. Los ejemplares vendidos son innumerables, como no podía ni imaginarse en tratados semejantes. El interés por la obra se ha extendido tanto en los círculos teológicos especializados como también entre los simples creyentes. Hasta el presente, ninguna obra sobre la historia de Jesús de Nazaret había tenido un éxito semejante.

Pero contemporáneamente con ese interés acerca de la figura de Jesús de Nazaret, hay justamente en la cristiandad una perturbadora pérdida del significado propio de la cristología. En amplios círculos, también entre los creyentes, se ha impuesto hoy una imagen "etérea" de Jesús, que se presenta como un personaje "bonachón", que no exige nada, jamás re-prende, acepta todo de todos, y sólo se limita a confirmar a cada hombre. De este modo, aparece como la oposición perfecta a la Iglesia, en cuanto que ésta todavía se atreve a exigir y dar órdenes. Más allá de la visión que se tenga de Cristo en la vida real, se aprecia que el atractivo que suscita su figura no lleva consigo el mismo interés por la Iglesia que Él fundó y que se considera depositaria de su herencia. ¿A qué puede deberse?

En 1996, el entonces Cardenal Joseph Ratzinger apuntaba con clarividencia una posible explicación: «Detrás de esa difundida contraposición entre Jesús y la Iglesia late un problema cristológico. La crisis de la fe en Cristo ha comenzado en la época moderna con una forma diferente de leer la Sagrada Escritura, la única aparentemente científica, pero el problema respecto a la forma en que hay que leer la Biblia está ligado inseparablemente al problema de Cristo. La verdadera antítesis que se ha de afrontar no se expresa en la fórmula: "Jesús sí, Iglesia no"; habría

que decir “Jesús sí, Hijo de Dios, no».¹ Es decir, Joseph Ratzinger pone en relación el actual problema de la fe en Cristo con la forma de leer la Biblia en nuestros días.

En este contexto nace su obra *Jesús de Nazaret*: los dos tomos son el resultado de unos siete años de trabajo. El Papa comenzó a escribirlo en el año 2003, cuando aún era Cardenal y Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. No es una novedad que se presente el libro de un Papa, ya que hay otras publicaciones de Juan Pablo II bajo su Pontificado (por ejemplo, *Don y misterio*;² *Tríptico romano*³). Lo novedoso es la naturaleza de esta obra, pues se trata de un escrito teológico de un Papa. Con su habitual humildad y sencillez, el mismo Benedicto XVI dice claramente en la Introducción del primer volumen, que no es un «acto magisterial», sino el fruto de su investigación personal, y como tal deberá ser libremente discutido y criticado.⁴ Esta es una observación muy importante, porque deja claro que lo que él escribe en los dos volúmenes de *Jesús de Nazaret* no vincula la investigación de exégetas y teólogos, puesto que no se trata de una larga encíclica sobre Jesucristo.

El primer tomo vio la luz el 16 de abril de 2007, en coincidencia con el 80 cumpleaños de Benedicto XVI. En la presentación participaron el Cardenal Christoph Schönborn, Arzobispo de Viena, y los Profesores Daniel Garrone, Decano de la Facultad Valdense de Teología de Roma, y Massimo Cacciari, Ordinario de Estética de la Universidad Vita-Salute San Raffaele, de Milán.

En marzo de 2011 se presentó en la Sala de Prensa de la Santa Sede el segundo volumen. En esa ocasión, intervinieron el Cardenal Marc Ouellet, Prefecto de la Congregación para los Obispos y el escritor Claudio Magris, especializado en literatura alemana.

Finalidad del libro

Hablar hoy en forma creíble sobre Jesús exige emplear un lenguaje que resista el diálogo con la mentalidad crítica de nuestro tiempo y que resulte coherente con datos verificables.

El discurso de la Teología sobre Jesús irá, como es propio de esta ciencia, más lejos de los puros datos empíricos, ya que el quehacer teológico parte de la fe y trabaja a su servicio. Pero como la fe de la Iglesia

¹ J. RATZINGER, *Cantate al Signore un canto nuovo. Saggi di cristologia e liturgia*, Jaca Book, Milano 1996, p. 39.

² JUAN PABLO II, *Don y Misterio*, BAC, Madrid 1996, 124 pp.

³ JUAN PABLO II, *Tríptico romano*, Universidad Católica San Antonio 2003, 74 pp.

⁴ Cfr. BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*, La Esfera de los Libros, Madrid 2007, p. 20.

confiesa que sus contenidos son reales, forma parte de sus exigencias verificar por medios racionales todo aquello que pueda ser objeto de esta comprobación. De ahí que la pregunta por la historia sea ineludible. Es más, en la consideración de Jesucristo, el punto de partida debe ser la investigación histórica de Jesús de Nazaret, de sus hechos y de sus palabras. Y esto, porque la pregunta por la historia no tiene un interés meramente fáctico, como memoria del pasado, sino también soteriológico: sin acontecimiento no hay salvación. Es evidente, por eso, que la pregunta sobre la historia lleva consigo el interrogante sobre el sentido. Dicho de otra forma, el dato histórico sobre Jesús lleva aparejado un contenido cristológico, el cual, a su vez, no puede separarse del soteriológico: todas las afirmaciones sobre Cristo tienen un significado salvador, y todas las afirmaciones soteriológicas tienen su fundamento en la cristología.

En los últimos siglos se ha planteado con creciente interés la cuestión del método que permita el verdadero *acceso a Jesús*. Así ha surgido la lectura de la Sagrada Escritura con una metodología racional, histórico-crítica y literaria, buscando los datos que se pueden conocer con certeza humana acerca de Jesús de Nazaret. Esta exégesis histórico-crítica ha terminado separándose de la Iglesia porque se ha acabado leyendo la Biblia no a partir de la Tradición de la Iglesia y con la Iglesia, sino exclusivamente de acuerdo con este método que se ha presentado a sí mismo como el único método científico. Si este modo de proceder ha llevado a esta separación, lo que hace falta, afirmaba Ratzinger en el año 1996, es una autocrítica del método histórico-crítico.⁵

En el largo Prólogo que encabeza la obra, Benedicto XVI explica que en la situación cultural contemporánea y en muchas presentaciones de la figura de Jesús existe una gran distancia entre el *Jesús histórico* -que existió- y el *Cristo de la fe* -en quien se cree-, como consecuencia de la aplicación de la exégesis histórico-crítica. Esto ha llevado a difundir la impresión de que es bien poco lo que se sabe con certeza sobre Jesús, y a declarar que su divinidad ha plasmado su imagen sólo más tarde, a través de la fe.

Esta situación -dice expresamente el Papa en el Prólogo- «es dramática para la fe, porque hace incierto su punto de referencia: la íntima amistad con Jesús, del cual todo depende, y que amenaza terminar en el vacío».⁶ Joseph Ratzinger, teniendo en cuenta los resultados de la investigación moderna, pretende presentar al *Jesús de los Evangelios* como el verdadero *Jesús histórico*, a quien se puede creer y tratar con confianza y sobre quien se tienen suficientes motivos para apoyar la fe y la vida

⁵ Cfr. J. RATZINGER, *Op.cit.*, p. 40.

⁶ Cfr. BENEDICTO XVI, *Op. cit.*, p. 8.

cristianas. El Papa presenta a Jesús como Aquel que habla con Dios *cara a cara*, por ser el Hijo esencialmente unido al Padre. Esta intimidad personal con Dios Padre le otorga autoridad para presentarse como el Nuevo Moisés que renueva la Ley judía (Torá) y le da pleno cumplimiento en la predicación de las Bienaventuranzas. Jesús es el Rey esperado de Israel, pero un rey que rechaza la tentación diabólica de poder y se presenta en la humildad de su origen, de su cercanía a los pecadores y de su servicio a todos. Jesús instituye también el Nuevo Sacerdocio, con el culto nuevo que viene a establecer en la tierra por la obediencia a la voluntad del Padre.

A lo largo de los dos volúmenes, Benedicto XVI muestra a Jesús de Nazaret que en su condición de Hijo encarnado permite al hombre adentrarse en el interior de la Trinidad, dándole a conocer a Dios como *Abba*, Padre.

Clave de lectura

El Nuevo Testamento no tiene como finalidad una neutral o aséptica información de *lo que ha acontecido a Jesús de Nazaret*, ni siquiera pretende presentar una *biografía* de Jesús (como género literario). El Nuevo Testamento, y con él toda la Tradición de la Iglesia, transmite el testimonio de la fe eclesial sobre Jesús en su pleno significado de *Cristo* (Mesías) y *Kyrios* (Señor). La afirmación de que Jesús es el Cristo y Señor implica, entre otras cosas, el respeto sagrado con que el testigo da testimonio de aquello que sus ojos han visto y sus manos han tocado en el Verbo de la vida (cfr. 1 Jn 1, 1-4). Por eso, la profesión de fe *Jesús es el Cristo* remite al creyente a una historia totalmente concreta.

Esta cuestión, en cierto sentido constituye una faceta -quizás la más aguda- de las tensiones existentes entre historia y fe. Por una parte, en cuanto hombre, Jesucristo tiene una dimensión histórica asequible según los métodos histórico-críticos. Esta accesibilidad es homóloga a la de los personajes de su época, es decir, depende de las fuentes y la fiabilidad que posean. Por otro lado, en cuanto a su naturaleza divina -realidad sobrenatural de su Divinidad- Jesucristo posee una trascendencia que sobrepasa tanto los métodos de investigación histórica, como los de cualquier otra ciencia humana. Ni siquiera el contacto físico de sus contemporáneos -oír sus palabras o presenciar sus milagros- bastaba para penetrar en el misterio interior del Hombre-Dios sin un «don recibido de lo alto» (Jn 3, 3) y la aceptación personal de ese don: la fe.

Por eso, aunque la investigación histórico-crítica sobre Jesús alcanzase todos sus objetivos, no bastaría para llegar por sí misma al conocimiento del misterio de Cristo, pues un conocimiento verdadero de Jesús

implica la confesión de que es Hijo de Dios. La plena unidad entre la historia de Jesús de Nazaret, concreta y limitada, y el misterio de su Ser Personal Eterno e Infinito exigen que la investigación histórica se realice respetando lo que la trasciende. Es decir, aunque Jesús sea *perfectus homo*, no es un mero hombre. Incluso su muerte -sufriendo toda la crueldad de sus asesinos- fue la muerte de Quien en ningún momento dejó de ser el Señor de la vida y de la muerte.

Jesús de Nazaret es al mismo tiempo el Cristo esperado, Señor y Dios. En esta unidad se sitúa el núcleo de la fe de la Iglesia: *el Jesús de la historia es el Cristo de la fe*. Y esta verdad contundente y definitiva es la que Joseph Ratzinger-Benedicto XVI consigue mostrar en su obra con todo su esplendor.

Propuesta de una nueva exégesis

Analizando el método histórico-crítico y sus límites, a lo largo de toda su obra el Papa hace ver que el teólogo no debe olvidar que todas estas cuestiones han surgido de un prejuicio *anti-dogmático*, y que siguen ejerciendo influencia en muchos trabajos de investigación histórica. Esta actitud es incompatible con la búsqueda sincera de la verdad, que debe caracterizar el quehacer científico.

La Sagrada Escritura es la fuente de la Teología, en el sentido más profundo del término; de ella brota y en ella se contiene la Verdad revelada por Dios a todos los hombres. Por eso, nunca será patrimonio exclusivo de historiadores, filólogos o exégetas, sino que necesitará de un amplio contexto interpretativo. Para Benedicto XVI, en el texto bíblico se encuentran todos los elementos para afirmar que el personaje histórico, Jesucristo, es también efectivamente el Hijo de Dios que vino a la tierra para salvar a la humanidad, y en su obra, va página tras página, examinando cada uno de esos elementos.

En primer lugar, el Papa dialoga con la exégesis alemana, sin ignorar importantes autores que pertenecen a las áreas lingüísticas francófona, anglófona y latina. Al afrontar las cuestiones esenciales y los nudos decisivos, evita las discusiones sobre los detalles y las disputas de escuela que perjudicarían su propósito: encontrar al Jesús real -no al *Jesús histórico*, propio de la exégesis histórico-crítica-, al *Jesús de los Evangelios* escuchado en comunión con los discípulos de Jesús de todos los tiempos, para así llegar también a la certeza de la figura verdaderamente histórica de Jesús.

Esta formulación de su objetivo manifiesta el interés metodológico del libro. El Papa adopta de modo práctico y ejemplar el complemento teológico deseado por la Exhortación Apostólica *Verbum Domini* (1ª par-

te) para el desarrollo de la exégesis. En efecto, allí se anima a aplicar con mayor profundidad los tres criterios de interpretación formulados en el Concilio Vaticano II por la Constitución sobre la Divina Revelación *Dei Verbum*, n. 12: tener en cuenta la unidad de la Sagrada Escritura, el conjunto de la Tradición de la Iglesia y respetar la analogía de la fe.⁷

Como buen pedagogo, partiendo de la figura –central y única– de Jesús, Benedicto XVI muestra la plenitud de sentido que brota de la Sagrada Escritura «interpretada a la luz del mismo Espíritu mediante el cual fue escrita».⁸

Dicho lo que atañe al principal argumento, que es la cuestión del mé-todo exegético, y sin pretensiones de exhaustividad, vale la pena destacar dos cuestiones que Benedicto XVI considera cruciales, y que permean los dos volúmenes de *Jesús de Nazaret*:

- la cuestión del fundamento histórico del cristianismo, y
- la cuestión del mesianismo de Jesús.

La cuestión del fundamento histórico del cristianismo ha sido afrontada por Joseph Ratzinger desde los años de su formación académica y de su primera enseñanza universitaria, como lo muestra su libro *Introducción al cristianismo*,⁹ publicado en alemán –lengua original– hace más de cuarenta años, y que en su momento ejerció un notable impacto en el mundo teológico. Dado que el cristianismo es la religión del Verbo Encarnado en la historia, para la Iglesia resulta indispensable atenerse a los hechos y a los acontecimientos reales, precisamente en cuanto que contienen los *misterios* que la Teología debe profundizar, utilizando claves de interpretación que pertenecen al ámbito de la fe. En los dos volúmenes, el Pontífice trata de los acontecimientos -misterios- centrales de la vida de Cristo, confesando que es una tarea particularmente delicada. Su exégesis de los hechos reales es análoga a la efectuada por Santo Tomás de Aquino en su tratado sobre *Los misterios de la vida de Jesús*,¹⁰ guiándose por la hermenéutica de la fe, pero teniendo en cuenta, al mismo tiempo, la razón histórica, necesariamente incluida en la misma fe.

Bajo esta luz, se comprende el interés del Papa por la exégesis histórico-crítica, que conoce muy bien, y que le ayuda a profundizar en los misterios de la vida de Jesús. Sin dejar de evidenciar el defecto de una exégesis ejercida basándose sólo en datos históricos, su principal finalidad sigue siendo la de arrojar luz teológica sobre los hechos del Nuevo

⁷ Cfr. Benedicto XVI, *Op.cit.*, p. 14.

⁸ CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, n. 12.

⁹ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*. Salamanca, Sígueme, 1987.

¹⁰ Cfr. *Summa Theologiae*, III pars, qq. 27-59.

Testamento con la ayuda del Antiguo, y viceversa, de modo análogo pero más riguroso respecto a la interpretación tipológica de los Padres de la Iglesia. Por otra parte, el vínculo del cristianismo con el judaísmo es reforzado por esta exégesis que se arraiga en la historia de Israel, tomada en su orientación hacia Cristo. Así, por ejemplo, la oración sacerdotal de Jesús, que parece por excelencia una meditación teológica, adquiere en él una dimensión totalmente nueva al interponer en su interpretación elementos de la tradición judía del *Yom Kippur*.¹¹

La segunda cuestión alude al mesianismo de Jesús. Ciertos exégetas modernos han hecho de Jesús un revolucionario, un maestro de moral, un profeta escatológico, un rabí idealista, un loco de Dios, un mesías de algún modo a imagen de su intérprete influido por las ideologías dominantes. La exposición de Benedicto XVI sobre este punto está bastante generalizada y arraigada en la tradición judía. Se inserta en la continuidad de esta tradición que une lo religioso y lo político, pero subrayando en qué punto Jesús realiza una ruptura entre los dos ámbitos. Por ejemplo, ante el Sanedrín, Jesús declara que es el Mesías, pero no sin precisar la naturaleza exclusivamente religiosa de su mesianismo. Por otra parte, éste es el motivo por el que es condenado como blasfemo, pues se reconoce como «el Hijo del hombre que viene sobre las nubes del cielo» (Mt 26, 64). El Papa expone con fuerza y claridad las dimensiones real y sacerdotal de este mesianismo, cuyo sentido es instaurar el nuevo culto.¹²

Conclusión

La novedad de esta obra de Benedicto XVI sobre la figura de Jesucristo radica en el método que adopta: la escribe en diálogo con los expertos en el campo exegético-crítico. Esta nueva propuesta de exégesis, teológica en cuanto al método, pero que incluye también la dimensión histórica, se conecta efectivamente con el modo de interpretar de los Padres de la Iglesia, cuidando que la interpretación no se aleje del sentido literal y de la historia concreta para evadirse hacia alegorías artificiosas.

En otros términos, con los dos volúmenes de *Jesús de Nazaret* su autor establece una mediación entre la exégesis contemporánea y la exégesis patristica, por un lado, y promueve el necesario diálogo entre exégetas, teólogos y pastores, por otro. En ambos volúmenes hay una gran invitación al diálogo sobre lo que es esencial en el cristianismo. Por tanto, este diálogo ha de realizarse en el seno de la Iglesia, con las demás confesiones cristianas, con los judíos -cuya implicación histórica en cuanto

¹¹ Cfr. BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Encuentro, Madrid 2011, pp. 95-123.

¹² Cfr. BENEDICTO XVI, *Ibidem*, pp. 206 ss.

pueblo en la condena a muerte de Jesús es excluida una vez más- y, por último, con las demás tradiciones religiosas. Se trata de profundizar en el sentido de Dios y del hombre que brotan de la figura de Jesús de Nazaret. Se puede decir, como conclusión final, que esta obra de Joseph Ratzinger -Benedicto XVI- inaugura una nueva era en la exégesis teológica.